



LA MULA Y LA VACA

JOSE MARIA PEMAN
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

NO pierden en sentido poético, sino que, al contrario, se calientan de humanidad y vida, los acontecimientos del Evangelio, cuando se les saca de esa especie de acartonado esquematismo a que se reducen, con facilidad, las cosas que se repiten de memoria, y se las trae a una rebajada versión normal viva y hasta sí se quiere levemente anacrónica.

«El portal de Belén» es una frase hecha, de menos expresivo contenido que el que se obtiene comparando el habitáculo a que María y José fueron llevados con las «sucursales» que las fondas y posadas de los pueblos suelen tener en las afueras, para desahogo de bestias y arrieros en las grandes concentraciones de las ferias locales. Día de mucha concentración para Belén era aquella especie de gran feria de la estadística y el poder, que significaba el empadronamiento general ordenado por Augusto. María y José no encontraron sitio en el *Khan* o caravanera de Belén—en «la fonda del pueblo», como quien dice—y fueron invitados a alojarse en la «sucursal» de extramuros, destinada ordinariamente para

el ganado y los beduinos de las caravanas, cuyos amos quedaban en el pueblo. No era lo corriente que se destinasen a esas sucursales personas de condición como eran aquellos nazarenos. Pero: «¡Qué quiere usted, señor!... ¡Estamos en ferias!» A este episodio tan normal, tan permanente, que sigue reproduciéndose en el mundo entero en cada viajero que es invitado, en el día excepcional, a ocupar el cuarto de baño o el sofá del *hall*, se reduce en su modesta raíz este rechazo del dulce y divino matrimonio hacia el portal o cueva de las afueras de Belén. Probablemente no hubo para ellos malas palabras, ni despedidas violentas, como suele pintarse en los «autos» y representaciones del nacimiento, por no sé qué afán de expresivismo patético. Probablemente los fondistas solucionaron el caso de los huéspedes nazarenos entre zalemas y disculpas untuosas.

De todos modos ya había mucho sentido místico en aquel rechazo. Lo que henchía Belén hasta la saturación era la más enfática fiesta de la universalidad que hasta entonces se hubiera intentado; el propósito cesáreo de meter en un

censo «toda la tierra habitada»: *universus orbis*. Tomando un mapa del Imperio Romano hace sonreír el empaque de esa expresión. Quedaba mucho más mundo, como quedaba mucha más historia, fuera de aquel perímetro imperial. No sabían los fondistas de Belén, seguramente mortificados por aquel empadronamiento imperialista, que relegaban a la «sucursal» mucho más mundo que el que los funcionarios romanos andaban metiendo en cuenta y estadística. Porque en la «sucursal», en los extramuros, va a estar aquel día la semilla universal de la Redención. En Belén queda el Imperio haciendo números. Pero allá fuera duerme América y Oceanía, y la mayor parte de Asia y África, y no poca de Europa.

* * *

Y al lado de la nueva Soberanía inerte, como cortesanos paradójicos, «la mula y el buey».

Nada de extraño ni violento, en la tradición de los animales junto al pesebre del nacimiento, dentro de esa versión viva y realista que hemos dado del episodio. En la «sucursal» de las afueras, recurso de María y José, estarían ya alojados los ganados de alguna de las caravanas llegadas a Belén. Probablemente habría incluso más animales, de los que la imaginación popular ha escogido esa pareja representativa: la mula y el buey.

Es decir, «la mula» la hemos escogido nosotros, los españoles, pues fuera de España apenas se cría ni se emplea ese híbrido tan genuinamente hispánico; hispánico hasta en sus líneas feas y angulosas que tienen algo de sierra parda en movimiento. Los extranjeros han solido formar generalmente la pareja de un burro y un buey: y el burro, muy decorativo por la gracia ojival de sus orejas paralelas, suele ser el que aparece en muchas joyas de la pintura primitiva o de los altorrelieves góticos.

Es curioso anotar, de paso, el sentido fácil con que los pueblos todos y todas las épocas, como adivinándole su sentido universal e intemporal, se apoderan, con desprecio del tiempo y del espacio, de la estampa de la Redención. Todos los pueblos han construido unas Navidades bien ajustadas a su clima y su estilo. El anacronismo y el «color local» se producen espontáneamente en toda plástica del nacimiento, como revelando que todo hombre siente místicamente la Navidad para «él», «aquí y ahora». Los pueblos del Norte han llenado sus árboles de Navidad de copos de algodón y escarchas de ácido bórico, que representan una nieve que, probablemente, tiene poco que ver con el auténtico clima navideño de Judea. Las figuritas de talla de los «nacimientos» o aun las más solemnes de los grandes pintores se han vestido siempre con una deliciosa y anacrónica contemporaneidad. Hay por el mundo de la pintura y de la escultura pastores napolitanos, tiroleses, yanguéses, lagarteranos. Apenas nuestra época más culta y pedantuela ha querido reaccionar del anacronismo y ha recurrido al anacronismo todavía mayor de inmovilizar las figuras populares de la Navidad en los indumentos

del XVII y XVIII. Todavía esos inconscientes teólogos que son los niños, han llegado más allá en su valiente supresión del tiempo junto al misterio redentor, y han colocado en sus mundos de barro y corcho, a la vera del portal, ferrocarriles, transatlánticos y autobuses. Por todos los caminos y por todos los medios, el mundo ha sido irreverente con la arqueología del nacimiento, como para reverenciar su sustancia eterna sin fecha ni lugar. Todos han concebido, pintado o cantado «su» Navidad.

Por eso España como un sello absorbente de cercanía, de familiaridad, colocó, junto al pesebre, la característica «mula» de sus campos y sus carreteras. Fue un modo más de apropiarse al Dios que murió por «todos»; porque la mente humana, tan pobre y estrecha, no entiende esa palabra «todos», si no es a fuerza de sumar los paisajes, los climas y los animales de «cada uno».

* * *

Burro y buey, mula y buey, mula y vaca, lo que sea, lo universal y característico es la presencia de los animales en torno del pesebre donde Dios nace. Y esto sí que está cargado, como todo lo que se adhiere tan estrechamente a la tradición popular, de místico sentido.

Quedaba por allá afuera el César romano metiendo en número y recuento todo el orbe y aquí en la cueva, extramuros, nacía una nueva universalidad donde en círculos ordenados y jerárquicos entraban ya hasta los animales. Aquello de fuera sería un padrón administrativo; esto era un orden universal e ideológico que, poco después, el mundo medieval perfilaría en circunferencias concéntricas y tangentes, en árboles escolásticos con estrictas ramificaciones. El burro, que en forma de «asno de oro» veneraron algunos templos paganos como imagen de paz; el buey, que fue semidiós en Egipto, y en Roma, por lo menos, travieso galán de diosas casquivanas, aparecen junto al César del pesebre como lacayos y cortesanos. Ha nacido allí un gran Amor, pero ha nacido también un gran Orden. Por un camino intermedio entre los rojos sacrificios de animales de Homero o del Testamento Antiguo, y la morbosa ternura «protectora de animales» de las solteronas puritanas, el orden y la jerarquía van a colocar a éstos como a la Naturaleza toda, en un puesto claro y preciso, señalado a medias por la emoción y por la inteligencia.

La mula y la vaca del nacimiento inician esa tradición ordenada, lúcida y amorosa, que será arrullo fraternal en San Francisco, familiar coloquio en San Antonio, tierna miniatura en Fray Luis de Granada. Ya el animal tiene un sitio en el orden de la mente y del corazón. Ni dios, ni víctima de holocausto ni perrita con manta... La mula y la vaca tendrán, en adelante, su lugar claro, razonable y decorativo, al lado del Nacimiento de Dios

I L U S T R A C I O N E S D E G A B R I E L

